

Crimen e impunidad:

precisiones sobre la violencia

Mauricio Rubio

Bogotá, TM ditores-Ediciones Uniandes, 1999, 269 págs.

Francisco Gutiérrez Sanín

Profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional

Imprecisiones sobre la violencia

El debate académico, se ha repetido una y mil veces, es demasiado infrecuente en nuestro medio. Hay que agradecer, pues, a esos economistas que, desde varias ópticas, han intentado poner en cuestión algunas de las conclusiones y perspectivas del área de estudios conocida en Colombia como "violentología". En lo que sigue de este texto, analizaré críticamente la última, hasta donde conozco, de tales producciones, *Crimen e impunidad* de Mauricio Rubio (en adelante todas las citas y páginas van referidas a este libro). Al resaltar algunas de sus debilidades no me anima la intención ni de negar sus méritos evidentes — por ejemplo, la cuidadosa labor de "limpieza" de las cifras sobre homicidios -ni tratar de crearle "barreras a la entrada" a los economistas y estadísticos con una suerte de patriotismo disciplinario. Por el contrario, creo que se necesitan más y mejores trabajos cuantitativos sobre la violencia. A la vez, considero que varias de las líneas de argumentación de Rubio van en la dirección equivocada y revelan falta de claridad mental- un bien relativamente escaso en nuestras ciencias sociales, y en cuya defensa uno esperaría, en vano según veo, que los economistas fueran leales aliados.

Aunque es difícil encontrarle un hilo conductor a *Crimen e impunidad*, posiblemente su tesis central sea la

de que la violencia no admite gradaciones (pág. 75). El autor va más allá, afirmando que a través de la jerarquización "se llega, de manera

casi automática, a la justificación, abierta o implícita, de la violencia política" (pág. 75). Un instante de reflexión convencerá al lector de la flojedad de tal tesis. Las jerarquizaciones no sólo son posibles, sino necesarias. La técnica jurídica, por ejemplo, permite distinguir entre un homicidio y otro, entre otras cosas por su gravedad. Un criterio de distinción muy importante, y que constituye la bête noire de Rubio, es el de las intenciones (v.gr., el homicidio preterintencional, distinto del agravado o del culposos; estas figuras NO constituyen una extravagancia únicamente colombiana¹; al respecto ver un breve comentario al final). No sólo en el plano jurídico, sino en el de la evaluación moral razonada, se puede conjugar la condena de todos los homicidios, sin excepción, con la admisión de que hay algunos más graves que otros. Por ejemplo, que yo enuncie la frase: "mi amiga que mató a su marido en una riña no merece el mismo castigo que Hitler" no tiene por qué convertirme en un defensor del uxoricidio. De hecho, una expresión semejante no sólo no tiene nada de objetable sino que su inversa ("sí merece el mismo castigo...") constituye una injusticia ostensible. Uno comprende la exasperación de Rubio con la contabilidad por partida doble de varios analistas y escritores que condenan los crímenes de la derecha, pero en cambio justifican ciegamente los de izquierda, a veces con los argumentos más peregrinos que uno pueda imaginar. Esto

implicaría una crítica de formas específicas de jerarquización, no de la jerarquización como método de evaluación². Con todo, si Rubio fuera consistente en su esfuerzo salvaría parte de su análisis "por demostración" (aunque no por demostración). Aunque sus reproches estuvieran mal fundados, dejaría ver que hay otras formas, quizás mejores, de hacer las cosas. Se puede, con beneficio, buscar la ruta a India y descubrir América.

Pero Rubio es inconsistente y cae en los mismos defectos que critica.

Incluso a veces, lo que resulta divertido, toma prestados esquemas del repertorio al que ha querido atacar. Dos ejemplos bastarán para ilustrar el punto. Rubio tiene toda la razón al condenar con energía los espantosos crímenes de la guerrilla, pero cuando llega al tema de las violaciones de los derechos humanos por parte de agentes del Estado le parece que es una ficción de "una élite intelectual y política, desconfiada y paranoica como pocas de sus fuerzas militares" (pág. 2). Y más adelante: "Es innegable que en Colombia hay problemas de violación de derechos humanos. ¿Cuál es su verdadera incidencia? Nadie lo sabe. Ni siquiera parece haber interés en

² Rubio sólo critica una forma específica de jerarquización, la que usa Orozco para distinguir entre delincuente político y delincuente común. Aunque no estoy de acuerdo con la propuesta de Orozco -por razones que rebasan los límites de este texto- no puedo compartir las imputaciones que le hace Rubio. Primero, la diferenciación de. Orozco no tiene por qué implicar complicidad. Segundo, es verdad que el trabajo de Orozco - "el más comprensivo en el país" sobre el tema, informa Rubio (pág. 107); la palabra comprensivo no existe en el castellano- no trata sobre los llamados delitos conexos, pero eso apenas se puede tomar como un reproche serio: lo que importa es si la diferenciación analítica es correcta o no. Y el único argumento de Rubio para derribarla es el de la complicidad (si diferencias, justificas), que es insostenible.

¹ En países con una larga tradición de derecho penal, como Italia, hay especialistas en cada una de estas figuras.

averiguarlo" (pág. 30). Esto es cháchara, tan irresponsable y desconsiderada como la de los que se conformaban con que "Machuca es un complot para desprestigiar al ELN". Mucha gente se ha hecho matar precisamente por su "interés en averiguarlo"; no son decenas, sino cientos. Ahora, ser valiente y jugarse la vida no es garantía de decir la verdad o de tener la razón, pero sí es una credencial suficiente de interés genuino. Por lo demás, decenas de informes y publicaciones, nacionales e internacionales, muestran que sistemáticamente el Estado colombiano peca por acción y omisión en el terreno de los derechos humanos. Uno tiene todo el derecho de querer desmontar las acusaciones y evidencias una por una; pero no de negar que existen ni que se han hecho esfuerzos, pagando un altísimo precio, para aclarar el panorama. El segundo ejemplo está relacionado con los paramilitares. En su confuso argumento sobre el tema (págs. 18 y s.), Rubio afirma que ellos deben ser tenidos en cuenta seriamente porque "cuando a un ambiente generalizado de impunidad se suma...el ingrediente de las sanciones discriminatorias, se tienen dos consecuencias: los agresores buscarán alcanzar la categoría que conduce a un mejor tratamiento, y las víctimas, desatendidas por las instancias oficiales, buscarán retribución, venganza, por la vía de la justicia salvaje privada" (pág. 20). Es decir... ijerarquización de la justicia con base en las intenciones (venganza), precisamente la primera cosa que no se debe hacer, según el recetario de Rubio! Con varios agravantes. En el mundo de los actos intencionales hay una diferencia importante entre razón y motivación, estando colocada ésta en el último peldaño de las justificaciones posibles

(siendo el rencor y la venganza, precisamente, algunos de los motivos más innobles). Peor aún, Rubio no nos presenta la más mínima argumentación de que efectivamente las víctimas de los paramilitares (por ejemplo, los que mueren en una masacre), les hayan causado un daño previo; me parece que la evidencia empírica apuntaría en la dirección contraria (a propósito, esto parecería poder ser cuantificado o al menos aproximado). El mismo patrón explicativo que al final del libro le aplica a la guerrilla (intereses económicos, dimensiones delincuenciales), se lo podría haber aplicado a los paramilitares. En fin, Rubio también ha quedado preso de una grosera contabilidad por partida doble, sólo que en la dirección contraria.

Aspectos metodológicos

El método expositivo de Rubio es emprenderla a bastonazos contra la "sabiduría convencional". El método es erróneo desde varios puntos de vista y empobrece el debate. Para ver por qué, sugiero al lector simplemente cambiar la expresión "sabiduría convencional" por "moda" (sabiduría convencional=está de moda decir que...). Hay modas malas, como digamos escupir en la calle, y modas buenas, como la minifalda. Ponerle a una aserción la etiqueta de "convencional" o "a la moda", ni la descalifica ni la refuerza; el valor de verdad de una tesis es neutral respecto de su popularidad. Pero además Rubio mete en la fosa común de aquella sabiduría demasiadas cabezas: tesis belisaristas, las conclusiones de la Comisión de Violentólogos de la década del 80, todos los argumentos académicos con los que discrepa,

justificaciones de los grupos guerrilleros, expresiones gubernamentales a favor de la paz, citas periodísticas. Esto le impide criticar sistemática y ponderadamente tesis específicas -claro: ésto es más difícil y menos vistoso que rasgarse las vestiduras-, pero le da pie para emprenderla contra "hombres de paja"³ y golpearlos a gusto. Pero aquí el libro guarda una pequeña y deliciosa sorpresa al lector atento. El autor pone unas reglas completamente desiguales: arma un espantapájaros como adversario, le amarra las manos, dispone de los árbitros... ¡y pierde la pelea! (en el mejor de los casos, termina dependiendo de una decisión dividida). Debo decir que comencé a ver con alguna simpatía un par de tesis que jamás hubiera considerado con atención; el intento de refutación de Rubio es tan flojo que de alguna manera las resucita. Doy dos ejemplos que ilustran el punto y que están en el centro del debate alrededor de la "sabiduría convencional".

¿Violencia urbana o rural? Rubio considera que una de las convicciones fundamentales de la sabiduría convencional es la del predominio de la violencia urbana sobre la rural, y hace una paráfrasis de la conocida conclusión de la Comisión de Estudios sobre la Violencia para afirmar que "tanto como las de la calle nos están matando las violencias del monte y del campo"⁴ (pág. 78). Pero su querella hace retroceder, y no avanzar, el debate. La razón es

³ *Straw men*, es decir, tesis a favor de las cuales nadie nunca se ha pronunciado y que se imputan arbitrariamente a un adversario. El juego limpio académico implica precisamente lo contrario: de entre todas las defensas posibles de la posición adversaria, enfrentarse a la mejor.

sencilla. Como lo puede comprobar cualquiera con las mismas cifras de la Policía que Rubio demuestra son las más confiables: a finales de la década del ochenta, cuando estaba escribiendo la Comisión, efectivamente las violencias de la calle habían llegado a su momento álgido y eran las más prominentes. A partir de la década del noventa - cuando la violencia metropolitana comenzó a ceder gracias a varios procesos⁵- la guerrillera y paramilitar ocupó su lugar. Si Rubio se hubiera preocupado por colocar en una hoja de cálculo las cifras de homicidios de

Bogotá, Medellín y Cali, y después las hubiera comparado con las del resto del país, se hubiera dado cuenta que no estaba refutando a la "sabiduría convencional". Lo único que está diciendo es que los tiempos han cambiado, pero en su momento la Comisión tenía buenas razones para hacer su afirmación. A propósito, Rubio mezcla dos tesis distintas: la de la violencia principalmente descentralizada⁶ y la de la violencia urbana (págs. 73 y ss.). La violencia puede ser altamente centralizada y predominantemente urbana, como precisamente sucedía a finales de la década del 80, con el narcoterrorismo, la actividad desahogada de los carteles de la droga, etc.. ¿Tiene que ver la desigualdad con la violencia? El epitome de la sabiduría convencional, y no sólo para Rubio, es la convicción de que hay una relación entre la distribución de la riqueza y la violencia. Sobre este tema hay ya un trabajo que constituye un punto de referencia obligado, el de Montenegro y Posada (1995). En otro comentario (1999), en principio no destinado para la publicación, critiqué la forma expedita en que Montenegro y Posada se enfrentaban al problema, pero omití resaltar el trabajo metodológico cuidadoso y serio de los autores. En relación con ellos, Rubio da varios pasos atrás. En lugar de presentar un modelo explicativo alternativo — como sí hacen Montenegro y Posada — se embarca en un confuso relato (págs. 82 y ss.), con una casuística heterogénea en la que se mete en el mismo cajón a la Cepal,

el marxismo, argumentos jurídicos de Cancino y el supuesto izquierdismo de Pablo Escobar (una mala lectura de "El Patrón", 1998, pues su autor, un periodista al que no se le puede exigir tener formación académica, llega a conclusiones mucho más equilibradas).

¿Cómo se enfrenta Rubio con la evidencia académica sólida de que efectivamente sí hay relación entre desigualdad y violencia? Tomemos los valiosos análisis de Alfredo Sarmiento y otros (por ejemplo, Sarmiento y Becerra, 1998). Estos trabajos son fruto de una investigación sistemática, presentando unos supuestos y después estableciendo unas correlaciones. Merecen ser debatidos en el mismo plano: o criticando los conceptos que usa (inferencias, supuestos, formas de categorizar), o demostrando que su manejo de las cifras es erróneo. Esta última opción implica refutar cifras con cifras, hacer un trabajo estadístico serio y detallado. Rubio opta por insinuar: se "sorprende" de la "seguridad" con la que Sarmiento llega a sus conclusiones y propone dos contra argumentos (en realidad son tres, pero el tercero dejémoslo en reserva para el final de este texto). Primero, que el coeficiente Gini — una de las

⁴ A propósito, la afirmación de la Comisión representó en su momento un giro claramente "anti-convencional" y muchos autores mostraron su desacuerdo parcial y/o total con ella. Si mal no recuerdo, Francisco Leal, por ejemplo, solía afirmar que la guerra es la madre de todas las violencias, mucho antes que Rubio. Rubio no se da por enterado, quizás porque esto derrumba su fantasía del frente convencional contra él sólo que, al contrario del mundo injusto, se atreve a revelar la verdad.

⁵ Desmantelamiento del cartel de Cali, tal vez pactos de paz como en Medellín quizás políticas públicas. Rubio sospecha que estas últimas no han jugado un gran papel — sospecha que comparto — pero no dice, como debería, que los que creen que sí han jugado un papel tienen buenos argumentos a su favor: la caída significativa de la tasa de homicidios por 100 mil habitantes en Bogotá, Medellín y Cali en los últimos años.

⁶ La idea de que la violencia es principalmente descentralizada y producto de una "cultura de intolerancia" también está rotulada de sabiduría convencional. Yo mismo he criticado fuertemente esa noción (Gutiérrez, 1998), pero el libro de Rubio me ha puesto a dudar. No toco el tema para no extenderme demasiado.

medidas de desigualdad — sólo explica la evolución de la violencia en la submuestra de municipios con violencia creciente (pág. 91). Segundo, que hay que ampliar el período, porque en la década del ochenta las cosas fueron distintas. Estas dos líneas de defensa son también fácilmente derribables⁷, pero además no permiten escamotear los resultados de Sarmiento. Rubio no parece consciente de que incluso una versión debilitada de las conclusiones de Sarmiento derrumban las suyas (y hacen insostenible su pretensión de retratar a los que consideran que hay relación entre desigualdad y violencia como cómplices de Mao, la Cepal y Cancino).

Resbalones teóricos

En lugar de consideraciones teóricas sistemáticas y serias, Rubio ofrece una erudición que no parece de muy buena ley. En esto, a propósito, no hace sino seguir los malos pasos de Gaitán (1995). El costo de discutir muchos autores, temas y problemas con un conocimiento apenas superficial -aparte del evidente de la incoherencia-, es que se presentan como concluyentes afirmaciones erróneas o por lo menos dudosas. Como a partir de ahí se van haciendo inferencias y montando argumentaciones, el crecimiento del error es geométrico.

Es claro que a medida que Rubio se va acercando a las ciencias sociales da más y más traspies. En este caso sólo se le puede criticar que hable de lo que no conoce muy bien. Es más justo ver si cuando "juega de local" lo hace adecuadamente. Nueva y molesta sorpresa: los resultados son casi igual de malos. Un buen ejemplo es el de la teoría de la decisión racional, que está en el centro de la economía y cuya influencia en casi todas las disciplinas sociales es bastante significativa. ¿Qué tiene que decir de ella Rubio? "Una sugerencia, típicamente económica, sería la de no seguir desconociendo los fundamentos de la teoría de la escogencia racional que, a pesar de sus grandes limitaciones, ha mostrado ser una herramienta útil para el análisis de un buen número de fenómenos sociales. Del modelo económico del comportamiento se han derivado unas pocas verdades básicas que tienen validez universal. Una de ellas es que los individuos escogen su ocupación buscando la satisfacción de sus intereses personales, por lo general un ingreso monetario" (pág. 241). ¡Precisamente no! Si Rubio hubiera estudiado con un mínimo de seriedad la teoría de la decisión racional se hubiera encontrado con que apenas hay autores respetables que defiendan una sicología tan primitiva. De hecho, el creador de la teoría, Von Neumann (1972 [1944]) -una de las mejores mentes científicas de este siglo-, fue en una dirección totalmente contraria a esa concepción ingenua de las preferencias con su teoría de la utilidad abstracta, que a la postre resultó ser una de las áreas más fructíferas y discutidas en economía, ciencias de la decisión y matemática aplicada (investigación de operaciones). Cualquier manual de

teoría de juegos elemental puede servirle a Rubio para aclarar su confusión. Todos los silogismos subsiguientes sobre la guerrilla (págs. 241 y ss.) quedan entonces en el aire. En general, le queda a uno la sensación de que le hubiera ido mejor a Rubio siendo más sistemático, focalizando mejor los temas y comprendiendo mejor la teoría que discute. En este caso se aplica plenamente el aforismo aquel de que "el que mucho abarca poco aprieta".

Una reflexión final sobre el tono

Rubio sugiere que "la inspiración del diagnóstico [del enfoque convencional...era, y parece seguir siendo, la ideología y no la observación objetiva y neutra de lo que ocurre en el país" (pág. 74). Demandar la neutralidad no es serio. Pero la candidez siempre inspira simpatía, y una vez más si Rubio fuera consistente en su esfuerzo el resultado podría haber sido interesante. Pero el libro de Rubio está lleno de estridencias penosas, todo lo contrario de lo que se pediría a un científico o, siquiera, a alguien de ánimo ponderado. La sugerencia permanente de que quienes discrepan con el autor han de ser cuasi-cómplices de la guerrilla, es una majadería y además una majadería maluca. Cito, para que no se crea que el atentado contra la lógica y la estética es invento: "El discurso de la guerrilla colombiana en materia de violencia se impuso de tal manera, o la subversión se apoderó tan hábilmente de la sabiduría convencional sobre la violencia, que en la actualidad uno y otra son inseparables" (pág. 226). La tercera refutación de Sarmiento, de la que hablé atrás, va precisamente en esa dirección: se le achacan a Sarmiento las consecuencias de unas políticas

⁷ Entre otras cosas por problemas técnicos que Rubio estaría obligado a conocer. Por ejemplo, las mediciones de la desigualdad hasta 1993 están afectadas por el conocidísimo problema del truncamiento a seis cifras en la captación de los datos de ingresos en la Encuesta Nacional de Hogares. Los economistas han desarrollado varios métodos para destruncar los datos, pero aún así es posible que haya subestimaciones de la desigualdad. Véase por ejemplo Acosta, 1997 No tiene nada de sorprendente que un autor desee centrarse en la década del noventa, en la que cuenta con datos más seguros.